

Es indudable que la caída de los pueblos americanos frente al poder español se suscitó a raíz de una violenta derrota intelectual, además de otros tantos factores. Al parecer, los gobernantes de los dos imperios americanos más poderosos de aquel tiempo —el inca en la región andina y el mexica en Mesoamérica— creyeron que los españoles eran dioses que venían a cumplir un destino ya anunciado. Con cierto aire de nostalgia, se ha especulado a veces sobre lo que hubiese sucedido si los presagios no hubieran paralizado a Motecuhzoma y si los incas no hubieran considerado "huiracochas" a los recién llegados. Interpretado así, fueron derrotas intelectuales ambas, tan devastadoras en sus efectos posteriores, que un determinado tipo de pensamiento latinoamericano no acaba todavía de librarse de ellos.

Las ideas nos ofrecen dos posibilidades: pueden ser arqueadas velas que capturen los vientos de la imaginación y con ello impulsen las empresas humanas a costas lejanas o, al contrario, pueden constituir sombrías prisiones de las que no escapa el prisionero aunque las rejas estén siempre abiertas. En este sentido, los viajes que emprenden hombres y mujeres, en apariencia hacia lejanas tierras, muchas veces no son más que trayectorias al encuentro de sus propias ideas, de tal manera que nunca llegan a salir de los confines de su mente. En América Latina se han librado muchas batallas militares (y políticas), pero apenas se empieza a luchar contra la prisión de viejas ideas.

Colón, embarcado en sus carabelas y presa de su imaginación, creyó haber llegado a las Indias. La realidad fue incidental: él había llegado al encuentro de su propia teoría y los acontecimientos sólo fueron medios para confirmarla. Y fue consecuente con ella: consideró que todos los habitantes de este mundo ya preconcebido en su mente eran "indios". Con ello dio origen a un error lingüístico que se ha perpetuado por siglos y que, con toda ironía histórica, vino a convertirse —retroactivamente— en profecía. Es decir, se designó con un concepto equivocado y empobrecido a los "indios" y las sociedades latinoamericanas de siglos posteriores se encargaron de convertir a los pobladores originales de sus países en eso, en "indios". Error que es mito, que es profecía, que es prisión.

Si bien en ningún campo, especialmente en lo social, el lenguaje no puede deslindarse de la política. En efecto, una corriente de pensamiento estima que ha sido precisamente el confundir la acepción noseológica de las palabras de sus intenciones sociológicas¹ lo que en América La-

¹ Utilizo el concepto sociológico de "ideología" en el sentido de enunciados que cumplen una función social de dominio de un grupo o clase sobre otros.

Véase L. Villoro, "El Concepto de Ideología", en *Plural*, abril de 1974, pp. 27-34.

tina nos ha tendido un cerco mitológico. A este respecto, quizá existan pocas palabras como la de "indio" que a fuerza de usarse muestren de manera tan evidente la batalla entre la cognición y la realidad, entre los intereses políticos y la utopía de la fraternidad. La historia de la idea de "indio" es la historia de la querrela filosófica por hacer coincidir los buenos propósitos con la negra voluptuosidad del poder y la comodidad.

Cuando poco antes de conceder su apoyo a la empresa de Colón le fue presentada a la reina Isabel la Católica la primera gramática española, preguntó extrañada: "¿Para qué sirve?", a lo que respondió presto el obispo de Ávila: "Majestad, el idioma es el perfecto instrumento del Imperio."²

SERES DE COLOR AZUL Y CABEZA CUADRADA

Para un cierto europeo que apenas salía de la oscuridad intelectual del medioevo, la súbita aparición de tierra y seres no comprendidos en su ámbito de pensamiento le produjo una fuerte disonancia cognoscitiva que se hizo más grave aún porque consideraba, apoyado en la revelación bíblica, que su sistema cognoscitivo era el único válido y universal para el mundo. Con base en esto último, una determinada Europa pretendió implantar posteriormente una especie de propiedad privada intelectual sobre el planeta. El hombre con mayúscula, el hombre como patriarca de la conciencia se hizo en Europa ("Dubito, ergo cogito; cogito, ergo sum"). En suma, durante largo tiempo se atribuyó que la conciencia siempre ha pertenecido a esa Europa. Esta creencia también fue internalizada por las sociedades colonizadas. El asunto de si tenían o no alma, por ejemplo, dependía del juicio que sobre ello hiciera ese intelecto europeo.

De allí que en el siglo XVI, si algo no existía previamente en dicho pensamiento europeo, entonces se "descubría". Una vez "descubierto", para apropiárselo intelectualmente, se procedía a nombrarlo. Así Europa bautizó al continente americano y le aplicó, como era de esperarse, sus propias categorías taxonómicas y analógicas. Francisco de Orellana, creyendo haber encontrado a las aguerridas amazonas de la antigua Grecia en plena América del Sur, bautizó con aquel nombre el río que la cruza. La gran Tenochtitlán fue llamada la "Gran Venecia" y descritos sus canales y sus mansiones. El *tiwantinsuyu* incaico se convirtió en el virreinato del Perú. En suma —como dirían algunos investigadores— se "inventó" al continente.³

² Citado en L. Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, Sep-Setentas, 1973, p. 30.

³ Cf. E. O'Gorman, *La invención de América...* Sobre la imposición de concep-

Desde fines del siglo XV hasta el XVII se observa el esfuerzo a veces ingenuo, a veces pérfido, a veces doloroso, de ese europeo por acomodar a su sistema de pensamiento los nuevos acontecimientos. ¿Fue así verdaderamente o deberíamos hablar, más bien, de sus esfuerzos por acomodar esas tierras y esos seres a su concepción del mundo? Porque hay que preguntarse si su designio imperial hoy, cuatro siglos más tarde, no sigue siendo vigente. ¿Acaso América Latina no sigue siendo —para ciertas corrientes de pensamiento— lo que los poderes "imperiales" quieren que sea?

En aquella lejana época, en el periodo de viajes de exploración, se volcaron hacia las costas americanas todas las concepciones fantásticas elaboradas anteriormente para otras regiones míticas australes y orientales. Dice una canción de amor mexicana "Antes de conocerte, te imaginé..." y con el mismo espíritu, el inglés John de Holwood, en su obra *Sphaera Mundi*, describía a los pobladores americanos como "seres de color azul y cabeza cuadrada..."⁴

La primera mitad del siglo XVI abunda en descripciones variadísimas de las características de estos seres. Aun Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, le encargó a Hernán Cortés que buscara a los "extraños seres de grandes orejas planas y otros con cara de perro que había en los países aztecas".⁵ Las grandes osamentas llevadas de regreso a Europa hacían pensar también que se trataba de gigantes y de seres con anatomías totalmente deformes según los cánones europeos.

Es difícil imaginar el espanto y el deslumbramiento que provocó para ambas partes el encuentro. Los habitantes americanos, por su parte, pensaron en un principio que hombre, caballo y armadura constituían un solo ser y también se maravillaron de los artefactos que escupían bolas de piedra y hacían llover fuego.

Pero hubo desde el comienzo una gran diferencia en la forma en que se trataban recíprocamente los precolombinos y los europeos. A los españoles los incas los llamaron "huiracochas", o sea dioses y sólo más tarde se refirieron a ellos como "enemigos barbudos". Los mexicas también se referían a ellos como "teteo" (dioses) y así sucesivamente, otros pueblos los consideraron seres superiores. En una pieza de teatro en lengua quechua, Pizarro, a través de un traductor, responde a la alocución de Sairi Tupac —hijo del futuro Inca Manco II— con estas palabras despectivas:

"...Este rubio señor te dice:
¿qué necedades vienes a decirme,
pobre salvaje?
Me es imposible comprender
tu oscuro idioma."

tos europeos en América, consultar J. M. Muriá, *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Sep-Setentas, núm. 76, 1973.

⁴ Citado en Hanke, *op. cit.*, p. 30.

⁵ *Ibid.*, p. 27.

En cambio responde Sairi Tupac, el inca que manda, en tono respetuoso:

"Barbudo, adversario, hombre rojo...
tampoco yo a entender alcanzo
éste tu idioma."⁶

En la forma quedó el crimen. Y la segunda gran derrota de los americanos fue aceptar, después del vencimiento militar, el desprecio cultural. Dejaron que les quebraran el alma. No puede uno evitar querer reprochárselos. Pero ¿tuvieron alternativa? Al parecer, el desastre bioecológico y las matanzas perpetradas por los colonizadores no dejaban resquicio alguno entre la vida y la muerte. Estremece el relato que hace un anciano, en 1531, de la decisión que ha tenido que tomar, en nombre de su pueblo, entre conservar la vida y conservar el ser. El *Memorial del Ajusco* dice así:

"...Yo ahora les hago presente
que para que no nos maten,
mi voluntad es que todos nos bauticemos
y adoremos al nuevo Dios,
porque y lo he calificado
que es el mismo que el nuestro.
Luego ahora, corto y reduzco nuestras tierras
yo calculo que por esta poquita tierra
quizá no nos matarán."⁷

Roto el espacio intelectual de las altas culturas originarias, aquel europeo prosiguió en su designio de inventar al nuevo mundo. Pero su invención procedió con dificultad. Los pueblos americanos prehispánicos presentaban tal diversidad de fenotipos, de adaptaciones ecológicas, de tipos de desarrollo cultural y político que durante mucho tiempo se imposibilitó la simplificación cognoscitiva inherente a cualquier corte taxonómico.

Los grupos étnicos e imperios de América habían tenido hasta entonces un desarrollo paralelo al de las sociedades de Medio Oriente, Asia y Europa. Al igual que en aquellas regiones algunas de ellas, adaptadas a ecosistemas silvícolas y desérticos principalmente, vivían como recolectores y cazadores. Otros, en cambio, formaron aldeas agrícolas sedentarias diseminadas en llanuras, altiplanos y regiones montañosas. Finalmente, otras se constituyeron en poderosos y extensos imperios que permitieron un florecimiento cultural de gran refinamiento. La historia de Europa, Asia, Medio Oriente y la que se investiga en África, dan

⁶ M. León-Portilla, *El reverso de la conquista*, México, Joaquín Mortiz, 1964, p. 172. Ver también del mismo autor, *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

⁷ M. Díaz Salas y L. Reyes García, "La fundación de Ajusco", *Tlalocan*, VI, 3, México, 1970.

testimonio del mismo desarrollo multilíneo y diverso de las sociedades humanas.

Y cada grupo lingüístico prehispánico, como en el resto del mundo, tenía tendencia a llamarse a sí mismo "los seres humanos", "los hombres" y a referirse a los demás como "los bárbaros", "los desconocidos" o, incluso, "los salvajes". Es cierto que los europeos no son los únicos culpables de etnocentrismo. Los mexicas, para dar un ejemplo, además de llamar *popolocas* (i.e. "bárbaros") a los pueblos que ellos consideraban más atrasados, se dieron también a la práctica —egipcia, entre otras— de reescribir la historia para enaltecer su propio pasado. Asimismo, les dieron nombres nahuas a todos los sitios mesoamericanos y así los perpetuaron los cronistas españoles. La guerra intelectual, por lo visto, no tiene fronteras ni tiempos.

Ciertos historiadores han estimado que ganada la batalla militar, los españoles iniciaron la guerra intelectual (o guerra psicológica, como se la llama hoy en día), y que con la excepción de "natural" y "aborigen", todos los términos aplicados a los pobladores americanos tuvieron un contenido peyorativo. Por ejemplo "salvaje", "canibal" y el de "indio" mismo, que en un principio significaba sólo "lo otro" en relación al europeo, pero que con el tiempo fue utilizado para indicar desprecio.

El gran alegato era que los "indios" no tenían ni alma ni raciocinio. Se aducían para ello razones de índole religiosa, hasta que fue expedida en 1537 la bula *Sublimis Deus* del papa Pío III que afirmaba lo contrario y que sostenía que "...no pueden ser privados de su libertad por medio alguno ni de sus propiedades... y no serán esclavos".⁸ Sin embargo, en el pensamiento europeo de aquel tiempo se disputaban la primacía intelectual, la idea aristotélica de la esclavitud natural de algunos hombres y la visión cristiana que atribuía a todo ser humano igualdad ontológica. Naturalmente, para los designios imperiales de las monarquías europeas, la falta de definición de estas ideas daba flacos vientos para sus empresas colonialistas. Hay quienes opinan que la gran sabiduría europea ha residido en reconocer que las ideas no son un adorno retórico, sino a su manera un poderoso motor de la historia. De ahí que Carlos V se haya interesado en convocar a dos célebres polemistas, fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda ante la "Junta de los Catorce", en España, para dilucidar el asunto de los "Indios".

"YA LLEGAN AL CIELO LOS ALARIDOS DE TANTA SANGRE DERRAMADA..."⁹

En Valladolid se debatió el futuro del mercantilismo imperial ibérico a partir de una controversia ideológica. Si los indios eran seres infe-

⁸ Citado en Hanke, *op. cit.*, p. 47.

⁹ Frase de fray Bartolomé de las Casas.

riores se justificaba hacerles la guerra y someterlos al imperio. Si no lo eran, habría que encontrar una fórmula para aceptarlos en este último en igualdad de condiciones que las que se otorgaban a los súbditos españoles. El desenlace del debate es de sobra conocido.¹⁰ Quien tuvo la razón intelectual fue derrotado en la batalla política. Cristalizaron, a partir de ese momento, las dos concepciones principales sobre el "indio" que aún hoy en día pueden encontrarse impolutas en algunas mentalidades de América Latina.¹¹ La de Las Casas —compartida con ligeras diferencias por fray Juan de Zumárraga, fray Toribio de Benavente y otros hispanoamericanos— considera que el indio es un ser racional cuyo único pecado consiste en desconocer la verdad (cristiana), por lo que recae en los hombros del colonizador la responsabilidad de salvarlo. Es el punto de partida de la ennoblecedora "carga del hombre blanco" de siglos posteriores. Esta posición continuó y se amplificó más tarde en un cierto pensamiento europeo. Por ejemplo, en las ideas de J. J. Rousseau del "buen salvaje". Y puede seguirse su rastro hasta nuestros días digamos, en la "ayuda" destinada a hacer salir a los países ex coloniales del subdesarrollo.

La corriente contraria, la de Sepúlveda, ha fincado la mayor parte de sus argumentos en el racismo, aseverando que los indios constituyen una "raza" con aptitudes si no físicas, por lo menos intelectuales inferiores a las de los europeos.¹² También nos acerca esta idea a tiempos recientes si recordamos, por ejemplo, el famoso artículo de A. Jensen de los años sesenta en que afirmaba que los negros poseen una inteligencia abstracta menor que los caucásicos. Actualmente, la idea de "raza" ha sido desechada pues ninguna justificación científica puede reivindicar el establecimiento de diferencias entre seres humanos, a partir de este concepto.

A pesar de ello, hay quienes todavía se obstinan en creer que no hemos salido, en lo fundamental, de los confines de esas ideas obsoletas, y que en América Latina siguen vigentes ambas posiciones porque las asisten a cada una razones de distinto orden: a una la razón intelectual, a otra la política.

Sin embargo, en la época colonial, para la gran mayoría de españoles que se embarcaban rumbo al Nuevo Mundo, las razones del intelecto no interesaban. Ellos venían a encontrar en tierras americanas la mano de obra "india", gratuita, que les permitiera cumplir con el sueño del

¹⁰ Cf. Hanke, *op. cit.*, y J. Friede, *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, México, Siglo XXI, 1974.

¹¹ L. Arizpe, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 1977. Ver en especial capítulos sobre grupos étnicos.

¹² Ver la excelente revisión de este concepto en: J. Pitt-Rivers, "Race in Latin America: The Concept of 'Raza'", en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. XIV, pp. 3-31, 1973. Juan Comas ha sido incansable en la lucha contra el racismo, puede consultarse toda su obra.

"El concepto de las 'razas' inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista", nos dice José Carlos Mariátegui en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Amauta, 1974, p. 40.

hidalgo: el dedicarse a la política y a cultivar el espíritu sin tener que mancharse las manos con tierra o con aserrín. "En llegando a Manila —decían— todos son caballeros..."

DE "CACIQUES" A "PERROS"

En los inicios de la colonia existían los incas y los uru, los tlaxcaltecas y los caribes. Los europeos difícilmente se equivocaban: sabían que no podían equiparar los caribes nómadas a los refinados tenochcas. Además, supieron muy bien distinguir a los "señores" de los "yana" y a los "caciques" de los "macehuales". A los "principales" les otorgaron de inmediato privilegios y exenciones especiales.

Empero, a medida que fueron debilitándose los rasgos culturales empezaron a hacerse difusas las identidades étnicas y, a medida que se incorporaron los descendientes de los caciques a la élite colonial, fue creándose un estamento en la estructura social virreinal claramente identificado por su posición política y económica: la gran masa de mano de obra para la economía mercantil y más tarde capitalista del imperio. A esta masa, que recibía el menosprecio social de los colonizadores y que, frente a éstos, carecía de toda representación política (impidiéndole defenderse jurídicamente contra un destino impuesto), se la denominó "indios".

A lo largo de los años, fueron decayendo los términos descriptivos basados en criterios raciales tales como cambujo, zambo, tente-en-el-aire y salta-para-atrás, hasta diluirse en el término indiferenciado de "indio". Este término de uso corriente en el virreinato del Perú recién apareció en 1610, según John Murra.¹³ Ciertas corrientes de pensamiento, por cierto discutibles, han llegado a afirmar que así se consolidó la derrota intelectual y que los "nuevos oprimidos" lo sabían. Y que por eso dijeron, cuando cayó Tenochtitlán:

"Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad y nos quedaba por herencia una red de agujeros.
En los escudos estuvo nuestro resguardo,
pero los escudos no detienen la desolación..."¹⁴

Y los mayas dijeron también:

"Castrar al sol:
eso vinieron a hacer aquí los azules.

¹³ Conferencia de J. Murra, "Los grupos étnicos en los Andes", México, CISINAH, 15 de mayo de 1977.

¹⁴ M. León-Portilla, *op. cit.*, 1964, p. 21.

Quedaron los hijos de sus hijos,
aquí en medio del pueblo,
ésos reciben su amargura..."¹⁵

Y llegan todavía los ecos de la lamentación andina:

"¿Soportará tu corazón,
Inca,
nuestra errabunda vida
dispersada,
por el peligro sin cuento cercada,
en manos ajenas,
pisoteada?"¹⁶

De manera muy esquemática, a fines de la época colonial, cierta conciencia europea había pasado del asombro a la vacilación intelectual y de ésta a la decisión política. Desde entonces y en determinados momentos, se hizo caer sobre los hombros de algunos latinoamericanos, una especie de dilema hipócrita entre la buena conciencia y la realidad política.

"NO EXISTEN INDIOS, SINO CIUDADANOS BOLIVIANOS"¹⁷

Algunas versiones de la historia indican que, durante la época colonial, fue creándose una clase criolla que pronto reclamó para sí los beneficios de la riqueza humana y natural de sus respectivos países. Se levantaron en armas puñados de hombres ilustrados que soñaron con implantar en América el ideal de fraternidad y de igualdad que legaba la Revolución francesa de 1789.

Entonces cabía dentro de ese ideal la abolición de la esclavitud y la redención del indio. Como consecuencia se multiplicaron en el sur y en el norte las proclamas que declaraban a todos los pobladores de los nuevos países, ciudadanos con iguales derechos políticos. "En adelante no se denominará a los aborígenes, indios o naturales. Ellos son hijos y ciudadanos del Perú, con el nombre de peruanos deben ser reconocidos", declaró José de San Martín y el mismo espíritu se hizo patente en la lucha bolivariana.

Pasaron las decisiones políticas de la monarquía española a la nueva clase dominante criolla y cambiaron las designaciones formales de las entidades políticas, pero la estructura económica y política no fue tocada. Una pequeña élite siguió dominando los enclaves de agroexportación,

¹⁵ *Ibid.*, p. 78.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 183-184.

¹⁷ Declaración del gobierno boliviano.

El comercio y el gobierno. En los países con población originaria numerosa, los "indios" siguieron constituyendo la mano de obra de plantaciones, haciendas y pequeñas empresas industriales. Por ello, el término "indio" no pudo desaparecer con los pronunciamientos de los caudillos. Ya existía para entonces un estrato socioeconómico que le daba contenido a ese término. Además —según ciertas opiniones— ese nombre cumplía y cumple con una función psicológica importante para la clase dominante: permite atribuirles a los indios la causa de su propia miseria. Y hasta se ha llegado a pensar que esta justificación resulta especialmente necesaria en sociedades católicas que necesitan justificar ante sí mismas, domingo a domingo, la razón del hambre y la represión ejercida contra los indios y campesinos de su propio país. Ello hizo que se extendiera el calificativo de "india" o "indio" a toda persona pobre capaz de ser explotada o maltratada.

Desprestigiado el racismo, sin embargo, fue necesario echar mano de otras bases supuestamente científicas para justificar la discriminación "de facto" dentro de un sistema de pensamiento que no la admitía "de jure". Así, al igual que se habían utilizado ideológicamente algunas hipótesis biogenéticas para justificar el sometimiento y despojo de los indios, se utilizaron después algunas especulaciones sobre la evolución cultural con el mismo fin. Simplificando algunas teorías sobre esto último y otorgándole un carácter de verdad a lo que apenas se esboza como hipótesis, se ha afirmado que los "indios" representan culturas atrasadas.

Es indudable que los indios poseen culturas propias dentro de las sociedades nacionales latinoamericanas. Pero, ¿hay menor distancia cultural entre un campesino yanqui o un minero aymara y un recolector-cazador Tupi-Kawahib en Brasil que entre los primeros y los campesinos y mineros mestizos o blancos? A mi juicio, es menor entre los primeros y la sociedad nacional, que entre los grupos supuestamente todos "indios". Dicho de otra forma, hay menos razones desde un punto de vista cultural para clasificar conjuntamente a recolectadores-cazadores amazónicos, caribes y lacandones con quechuas, aymaras, zapotecos y otros grupos, que para clasificar a estos últimos con grupos de cultura nacional.

Es cierto que comparten una herencia cultural prehispánica. Pero esto tampoco es absoluto. Los dialectos que hablan los indígenas actualmente difieren mucho de los prehispánicos. Lo mismo su indumentaria, sus costumbres y sus espectáculos rituales y festivos. Y ¿qué podríamos decir de sus concepciones de la vida y el mundo, de sus organizaciones político-sociales, de sus modos de producción, etcétera?

Así pues, lo que los define en relación con la sociedad nacional es, en principio, una cultura diferente. Es decir, una identidad cultural específica. En esto son iguales a los catalanes y vascos en España; a los bretones y provenzales en Francia; a los irlandeses, judíos ortodoxos y polacos en Estados Unidos. Pero a ninguno de estos grupos se les llama "indios".

Es evidente que el término de indio, por tanto, no solamente designa un grupo cultural específico sino un estrato social y político como lo han demostrado Stavenhagen,⁸ Bonfil,¹⁹ Pitt-Rivers²⁰ y otros, respondiendo a ciertas inquietudes ideológicas. No solamente designa a individuos que pertenecen a una comunidad india, que se "sienten" indios según la famosa definición de Alfonso Caso. Designa algo más y no un contenido simbólico o material especial, sino un tipo de relación con la sociedad nacional. Esta relación fue interpretada en su momento —tal como lo definió Darcy Ribeiro— como el paso del indio tribal, al indio genérico.²¹ Del grupo humano definido culturalmente al grupo definido políticamente.

Aguirre Beltrán²² describió esta relación de explotación económica como un proceso de dominación en las regiones indias, proceso que considera irreversible al tener que desembocar en relaciones de clase dentro de un contexto capitalista. Mariátegui²³ observó también ese proceso de sujeción del indio en el Perú, lo mismo que José María Arguedas²⁴ y José Matos Mar.²⁵

Yéndose al extremo contrario de simplificación, André Gunder Frank²⁶ y Ricardo Pozas²⁷ definen al indio exclusivamente en virtud de su relación de clase social con la sociedad nacional. Pero entonces, ¿por qué hay diferencias políticas y económicas entre mineros aymaras y mineros identificados con la cultura boliviana nacional?

En la segunda mitad del siglo xx, estas ideas han repercutido en las acciones políticas de los estados. Cuando el gobierno boliviano a principios de los años setenta declaró que en Bolivia no hay indios, sino sólo bolivianos, los aymaras de la organización MINCA preguntaron: "entonces, ¿qué somos nosotros?"

Desde fines de los años sesenta, las políticas de aculturación han sido calificadas como "etnocidio" en el sentido de que se destruye la conciencia de los pueblos y se propone actualmente como vía de verdadero desarrollo para los grupos étnicos la autodeterminación.²⁸

⁸R. Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI, 1967.

¹⁹G. Bonfil, "El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial", en *Anales de Antropología*, vol. ix, México, 1972, pp. 105-125.

²⁰Pitt-Rivers, *op. cit.*

²¹Darcy Ribeiro, *Fronteras indígenas de la civilización*, México, Siglo XXI, 1971.

²²G. Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967.

²³J. C. Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Perú, Biblioteca Amauta, 1928.

²⁴J. M. Arguedas, *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, Siglo XXI, 1975.

²⁵J. Matos Mar et al., *Perú, ¿país bilingüe?*, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.

²⁶A. Gunder Frank, "Sobre la cuestión indígena", mimeografiado.

²⁷R. Pozas, *Los indios en las clases sociales*, México, Siglo XXI.

²⁸Varios autores, *La situación del indígena en América del Sur*, Uruguay, Biblioteca Científica, 1968. Incluye la Primera Declaración de Barbados.

PLURALISMO CULTURAL EN AMÉRICA LATINA

En un momento dado, hasta se dijo que la palabra "indio" debía desaparecer, porque se han agotado ya los recursos ideológicos para justificar la pobreza de las minorías. Los indios no son una raza diferente, ni una cultura atrasada, son etnias latinoamericanas que carecen de una defensa jurídica o política ante la explotación económica. Por ello se les disputa el acceso a la educación y a la tecnología más avanzada, al mismo tiempo que se intenta impedir el libre curso de su desarrollo endógeno propio. El desprecio e incompreensión hacia sus manifestaciones plásticas, rituales y simbólicas equivale a negar la creatividad de todo ser humano, en todos los tiempos, en todos los ámbitos del pensamiento, entonces ¿cómo plantear el resurgimiento de las etnias latinoamericanas si ello implica la condena de un vigor cultural propio —nuevo— y por consiguiente un "reproducir" de aquello mismo que se reprime, por despreciable, por negador de la conciencia?

El reto es, pues, buscar; y en la búsqueda crear.

En la actualidad, la palabra "indio" ha sido recuperada por los indios mismos como signo de identidad y de lucha.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, G., *Regiones de refugio*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1967.

Arguedas, J. M., *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, Siglo XXI, 1975.

Arizpe, L., *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1972.

—, *Indígenas en la ciudad: el caso de las "Marías"*, México, Sep-Setentas, 1975.

—, *Migración, cambio económico y etnicismo*, México, El Colegio de México, 1977.

Bonfil, G., "El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial", en *Anales de Antropología*, vol. ix, México, 1972, pp. 105-125.

Díaz Salas, M. y L. Reyes García, "La fundación de Ajusco", en *Tlalocan*, VI, México, 1970, p. 3.

Friede, J., *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*, México, Siglo XXI, 1974.

Cabe destacar que la política "integracionista", practicada por ciertos gobernantes en diferentes épocas, siempre ha tratado de incorporar a los indios a la sociedad dominante, proletarizándolos e integrándolos a las clases sociales explotadas (campesinos, obreros, etc.). Asimismo, valga recordar que esos intentos de integración a la sociedad dominante responden también a la voluntad de los gobernantes —cualquiera sea su tendencia política— de construir la "unidad nacional".

- Hanke, L., *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, Sep-Setentas, 1973.
- León-Portilla, M., *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.
- , *El reverso de la Conquista*, México, Joaquín Mortiz, 1964.
- Mariátegui, J. C., *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Perú, Biblioteca Amauta, 1928.
- Matos Mar, J., *Perú, ¿país bilingüe?*, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.
- Murria, J. M., *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Sep-Setentas, 1973.
- Murra, J., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.
- Pitt-Rivers, J., "Race in Latin America: the Concept of 'Raza'", en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. xiv, pp. 3-31.
- Ribeiro, D., *Fronteras indígenas de la civilización*, México, Siglo XXI, 1974.
- Spalding, K., *De indio a campesino*, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.
- Stavenhagen, R., *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI, 1967.
- Varios autores, *La situación del indígena en América del Sur*, Uruguay, Biblioteca Científica, 1968.
- Villoro, L., "El concepto de ideología", en *Plural*, abril de 1974, pp. 27-34.